

en aquel día, y no menos de los comarcanos españoles y pasajeros, porque es camino real y muy cursado de los que van de la ciudad de Mexico a la de los Ángeles, y de la de los Ángeles a Mexico.

Cuando se muestran las reliquias es con mucha solemnidad. Sube el vicario con la compañía que se ofrece; tocan la campana y júntase gente, encienden algunos cirios, demás de la lámpara de plata que cuelga de una peña, enmedio de la ermita, aunque de día hay harta luz del cielo que entra por la puerta y van cantando los cantores en canto de órgano, algún motete lamentable de tiempo de Pasión. Llega el vicario, vestido con sobrepelliz y estola, abre la caja y hecha oración ante el sepulcro del Señor, inciensa al Cristo y después a las reliquias, y muéstralas a los circunstantes. Hace esto con tanta devoción, que juntamente con la oportunidad del lugar y la aspereza de aquellos vestidos y la memoria del santo y de la penitencia que allí hizo, ablanda los duros corazones; de suerte que apenas entra hombre en aquella cueva que no salga compungido y lleno de lágrimas.

CAPÍTULO XVIII. *En que se contiene la vida de fray Juan de Tecto, uno de los tres primeros evangelizadores antes de los doce*



UNQUE LA VIDA DEL SANTO fray Martín de Valencia se ha puesto en el primer lugar de este libro, por haber sido el primero prelado que con autoridad apostólica y del general de la orden, pasó a estas partes a predicar el Santo Evangelio, es de saber, que un año antes habían venido a esta Nueva España tres religiosos, también franciscos, de nación flamencos, que por haberlos traído el mismo espíritu de la conversión de los infieles y hecho en el caso su posible, como perfectos varones que eran y muy siervos de Dios, es justo se haga de ellos memoria, como de primeros en tiempo, antes que se escriban las vidas de los compañeros del santo fray Martín de Valencia, y pasa en esta manera.

Como por todos los reinos y provincias de la cristiandad se divulgase la fama de cómo el valeroso capitán don Fernando Cortés, con otros españoles sus compañeros, habían descubierto y conquistado un nuevo mundo, en la región que llamaron Indias, lleno de gente idólatra y que deseaban ministros para convertirlos a la fe; comenzáronse a mover muchos religiosos de diversas naciones para venir entre ellos y predicarles la palabra de Dios; pero aunque fueron muchos los llamados por esta moción interior de espíritu, fueron pocos los escogidos que merecieron ver puestos sus fervorosos deseos en ejecución. Estos fueron tres muy señalados varones del convento de San Francisco de la ciudad de Gante; es a saber el guardián que a la sazón era del dicho convento, llamado fray Juan de Tecto, y dos súbditos suyos, el uno sacerdote, por nombre fray Juan de Aora, y otro

fray Pedro de Gante, lego. Solos estos tres religiosos hallaron ventura de cumplir sus deseos y pasar a esta Nueva España, antes que los doce, con sola licencia de su provincial y beneplácito del emperador, el cual alcanzaron con favor de los caballeros y señores flamencos, que como criados y oficiales del emperador, eran entonces poderosos en los reinos de España. Bien es verdad que el emperador quisiera detener a fray Juan de Tecto, para que no pasara acá, por ser su confesor; mas venciéronle sus ruegos y deseos y así lo dejó pasar. Venidos, pues, a las Indias el año de veinte y tres, comenzaron luego a deprender la lengua de los naturales y a recoger algunos niños, hijos de principales, en especial en la ciudad de Tetzcuco, donde hallaron acogida en casa del señor, que entonces gobernaba, que les dio un aposento y holgaba que industriasen a los de su casa y otros niños que se allegaban a su doctrina, aunque todo era poco lo que hacían, por no estar del todo la tierra asentada, ni tener ellos la autoridad que se requería, para tratar con aquélla gente que quería ser mandada con imperio, y en esta de Mexico hicieron menos, por estar esta ciudad recién destruida, aunque no dejaba de acudir aquí fray Juan de Tecto, solicitando a algunos principales que le diesen sus hijos para enseñarlos a leer y escribir.

Otro año siguiente llegaron los doce apostólicos varones que fue el de 1524. Y viendo que los templos de los ídolos aun se estaban en pie y los indios usaban sus idolatrías y sacrificios, doliéndose de que habiendo ministros evangélicos en la tierra, todavía se continuase aquella falsa religión, preguntaron a este padre fray Juan de Tecto y a sus compañeros, ¿qué era lo que hacían y en qué entendían, y qué habían hecho, o en qué habían entendido? A lo cual fray Juan de Tecto respondió: Aprendemos la teología, que de todo punto ignoró San Agustín; llamando teología a la lengua de los indios y dándoles a entender el provecho grande que de saber la lengua de los naturales se había de sacar. Y dijo muy bien que San Agustín la había ignorado; porque como negó (con otros) ser habitable esta tierra, también ignoró las gentes que la poblaron y las lenguas que hablaban; y para ellos fue la mejor teología saber y entender su lengua, porque con esta inteligencia hicieron mucho fruto en sus almas y los convirtieron.

Este religioso varón fue doctísimo; tanto que se afirma de él no haber pasado a estas partes otro que en ciencia se le igualase. Leyó la santa teología antes que pasase a las Indias catorce años en la Universidad de París; de donde se colegirá que los ministros primeros de esta indiana iglesia no fueron ignorantes, como algunos falsa y maliciosamente quisieron decir. Y el fin de los días de este venerable varón fue que saliendo de Mexico don Fernando Cortés (que después fue marqués del Valle) a conquistar Las Hibueras, cerca de Honduras, en el año de 1525, llevó consigo a este siervo de Dios, porque no se hallaba sin su santa compañía y él gustó mucho de ello; porque no menos deseo tenía de convertir almas a Dios, que el capitán de conquistar tierras, y sucedió que yendo el marqués contra el capitán Christóbal de Olid, que se le había alzado, faltaron los bastimentos de tal suerte que mucha gente murió de hambre, y entre ellos el bendito fray Juan de Tecto, arrimándose a un árbol, de pura flaqueza, dio a Dios el alma,

que no fue pequeño género de martirio. Si San Pablo,<sup>1</sup> pone por blasón del justo padecer sed y hambre, diciendo de sí mismo y de los demás apóstoles y discípulos de la primitiva iglesia, andar hambrientos y necesitados de viandas, no será de menos valor morir de hambre, siendo en servicio de Dios y celo de la salvación del prójimo, como le sucede a este apostólico varón; porque si dar un jarro de agua, por amor de Dios y partir del pan ordinario con el pobre, es obra tan acepta a su majestad santísima; bien se sigue que padecer necesidad de estas cosas lo era también, y que lo pagará Dios, siendo sufrido y tolerado por su santo amor con muy crecidas ventajas, trocándoles la penuria presente por aquella hartura soberana; donde (como dice San Juan)<sup>2</sup> ni tendrán sed, ni hambre y le será convertida esta pena en gozos perdurables; de los cuales pienso que está gozando este venerable varón, trocando la hambre corporal del cuerpo por la hartura de la bienaventuranza. Y fue este religioso verdadero discípulo de Cristo, pues por su amor dejó la patria y su natural, dejó los deudos y parientes, dejó los amigos y conocidos; y finalmente la honra del mundo y propia voluntad; pues renunciando la guardiana que tenía y negándose a sí mismo tomó su cruz de penitencia y se fue en pos de Él y le siguió, mostrando el fuego de caridad que en su alma ardía, pues la puso a la muerte por sus amigos y prójimos, de cuya salvación tenía ferventísimo celo y andaba solícito y cuidadoso.

#### VIDA DE FRAY JUAN DE AORA, UNO DE LOS TRES PRIMEROS



FRAY JUAN DE AORA, UNO DE LOS TRES QUE (como dicho es) vinieron a esta Nueva España, año de 1523, era natural de Flandes, y sacerdote honrado, ya viejo cano cuando vino. Estúvose con fray Pedro de Gante siempre, en Tetzcuco, entendiendo en la doctrina y conversión de los naturales, hasta que fue servido el Señor de llevarlo para sí, dentro de pocos días. No se dice de él que hubiese aprendido lengua, ni cosa particular que hiciese; pero para conocer el espíritu de Dios que tenía, basta saber que siendo viejo y más necesitado de tiempo para descansar que para trabajar (que es muy propio de la vejez apetecer quietud y descanso) no sólo no lo quiso, pero vino en busca de trabajos, haciéndose peregrino por nuestro señor Dios; de cuya bondad y misericordia confió le habrá dado el premio de sus apostólicos deseos, cuando las obras en que se ocupó en esta conversión hubiesen sido pocas, por haber sido poco el tiempo que entre estas indianas gentes estuvo: que como Dios es tan magnífico y liberal, reparte sus misericordias no midiéndolas con el tiempo ni con la edad, anteponiendo los postreros a los primeros, como se cuenta en la parábola de la viña y dando el mismo jornal a los unos que a los otros.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> 1. Ad Cor. 4.

<sup>2</sup> Apoc. 7.

<sup>3</sup> Math. 21.